

convivencia y la complicidad. Fue así como surgió esa jerga que utilizábamos en nuestra correspondencia, con vocablos como *polismo* (la unión de todos los ismos). Un polismo dramático fue *Hamlet*, la pieza teatral que Luis y yo escribimos en 1927. Era una obra sin pretensiones, surrealista e irracional, donde intervienen el Hamlet de Shakespeare y otros personajes que nada tienen que ver con el drama original, como Don Lupo, maestro de bailes, y Leticia (nominativo de *Letitia, ae*), con lo cual no se entera uno de nada. En realidad, no conozco ninguna creación surrealista que no sea humorística, y coincido con Buñuel cuando dice que le aburre y no entiende el surrealismo de Breton.

El *Hamlet* lo escribimos al mismo tiempo. Esa técnica la practicamos con frecuencia durante nuestras reuniones dominicales en el Café Castilla. Íbamos allá por la mañana, para desayunar, beber y conversar. Después comíamos –bien regada la comida– y luego, café y alguna copa. Pasábamos en el café todo el día, como quien hace un viaje. Y una de las actividades que más nos agradaban era la escritura automática: Buñuel y yo nos sentábamos en mesas separadas y escribíamos sin parar. De pronto uno de los dos reía, lo cual significaba que había logrado una frase feliz.

En cuanto a las parodias del *Tenorio* escenificadas en la Residencia, he de señalar que se ha magnificado su importancia. A mi modo de ver, fue mucho más considerable la Asociación de Amigos de Don Juan Tenorio que fundamos a finales de la década de los cuarenta. Pertenecieron a ella Fernando Chueca, Julián Marías, Domingo Ortega, Paulino Garagorri y los Dominguín, entre otros. Llegamos a escenificar cinco piezas escritas por Juan Benet y Chueca, e incluso publicamos una edición numerada con los textos, titulada *Teatro civil*. En una de aquellas obras, *El burlador de Calanda*, Alfonso Buñuel encarnaba a Ricardo Wagner, y tuvo tal éxito que su presencia se mantuvo en las siguientes representaciones. Se da la circunstancia de que Alfonso, entusiasmado con su papel, tenía el mismo acento aragonés e idéntica reciedumbre de voz que su hermano.

En la Residencia celebrábamos tertulias constantemente, por lo común en la habitación de Juan Vicens, un amigo zaragozano, muy encantador. Como no se podía beber alcohol, nos dedicábamos a tomar té, lo que Federico llamaba la *desesperación del té*. En aquella habitación había una cama con muchos cojines, varias mantas zamoranas afirmadas con baticolas y un baúl, cubierto con un mantón, sobre el cual servíamos las tazas. Por lo general, los allí congregados éramos Federico, Dalí, Buñuel, Luis Eaton Daniells, Augusto Centeno y yo. Además de charlar sobre todo lo imaginable, Lorca nos leía sus composiciones y los demás juzgábamos en voz alta su valor.

Por supuesto, en nuestras reuniones no había presidencia, en contraste con las tertulias más formales, como la famosa de Pombo, o la del Café Colonial, presidida por don Rafael Cansinos Assens, aquel sevillano judío, exuberante y decidor, que presumía de saber todos los idiomas. Precisamente fue en esa tertulia donde conocí a Jorge Luis Borges, quien por entonces era un joven muy calladito. Como Buñuel era cuatro años mayor que yo, fue más veces a Pombo<sup>2</sup> Pero es lo cierto que acudíamos a tan gozoso ritual para escuchar y aprender.

Con estos detalles vuelvo a internarme en un mundo de conversaciones y amistad. Guardo una fotografía del homenaje a Hernando Viñes (mayo de 1936), donde se citaron Rafael Alberti, María Teresa León, Lorca, Guillermo de Torre, Gustavo Durán, Delia del Carril, José Caballero, Miguel Hernández, Eduardo Ugarte, Juan Vicens, Santiago Ontañón, Pablo Neruda y los hermanos Alfonso y Luis Buñuel. Un encuentro irrepetible que sirve para dar una idea del círculo amistoso que frecuentábamos.

Otra distracción que hay que tener en cuenta es el ejercicio físico. No obstante, a Luis yo no lo calificaría de hombre deportista; hacía boxeo y nada más. Curiosamente, fui su *manager* en un episodio sin importancia, durante un miserable campeonato pugilístico celebrado en el madrileño Campo de la Gimnástica, hacia 1922. Fue algo muy triste: en un rincón se preparó el cuadrilátero, y Buñuel entró en una de las casetas que se dispusieron a modo de vestuario. Mientras él se cambiaba de ropa, pude ver dos o tres combates de pesos más ligeros. Recuerdo que salió a pelear una pareja muy desigual: un muchacho alto, de largos brazos, y otro chaparro, en clara inferioridad de condiciones. Fue tan castigado este último que acabó cayendo sobre la lona, fuera de combate. Impresionado, me acerqué a preguntar por él y escuché que había muerto. Como es lógico, me cuidé mucho de comentárselo a Luis. Por desgracia, su combate transcurrió sin pena ni gloria, porque tanto él como su contendiente se tenían mucho miedo y no se dieron ni un golpe. En contra de lo que por ahí se dice, Buñuel era muy cobardón, tímido y nada lanzado.

Durante su estancia en París, fue ayudante de Jean Epstein en *Mauprat* (1926) y *La chute de la maison Usher* (1928). Epstein era un hombre de muy mal genio que actuaba en los rodajes como un coronel, desatendiendo el criterio de Buñuel y los demás subordinados. No es cierto que la colaboración entre ambos finalizase cuando Luis desdeñó el cine de Abel

<sup>2</sup> Así recuerda Buñuel en sus memorias aquella tertulia: «Todos los sábados, de nueve de la noche a una de la madrugada, Gómez de la Serna reunía a su cenáculo en el Café Pombo, a dos pasos de la Puerta del Sol. Yo no faltaba a ninguna de aquellas reuniones, en las que encontraba a la mayoría de mis amigos y a otros. De vez en cuando asistía Jorge Luis Borges».